

Nº 84

(Leg. 1 - P. 4 =)

p. 16

# DISCURSO

pronunciado

ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

por el licenciado

**D. GABINO RUFILANCHAS LAPEIRA,**

EN EL

ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

en la Facultad de Medicina y Cirugía.



Madrid,

IMPUNTA DE MANUEL GALIANO,  
Plaza de los Sitios, 2

1859.



# DISCURSO

ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DE CÉSAR VIVASUBIAZ LAPARRA

¿CUÁL ES LA EDUCACION DE LA MUJER, MAS CONFORME A LOS DESTINOS  
QUE LA PROVIDENCIA LA HA CONFIADO?

UVA. BHSC. LEG.

U/Bc LEG 3+4 nç84 HTCA



1>0 0 0 0 2 6 3 4 9 6



# DISCURSO

pronunciado

ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

por el licenciado

**D. GABINO RUFILANCHAS LAPEIRA,**

EN EL

ACTO SOLEMNE DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE DOCTOR

en la Facultad de Medicina y Cirugía.



Madrid,

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,

Plaza de los Ministerios, 2.

1859.



EXCELENTÍSIMO SEÑOR :

Difícilmente me atreviera en medio de lo que deslumbran las aspiraciones de la juventud, á ocupar el sitio en que me hallo, sobradamente respetable y digno, si las prácticas reglamentarias no me impusieran este acto, como complemento de la distinguida carrera á que el instinto y la admiracion dirigieron mis primeros pasos. Grande y perenne era en mi alma el deseo de alcanzar el día en que pudiera considerarme el mas inmerecido miembro de corporacion tan sabia como respetable ; pero acreciéndose el temor cuanto menor era la distancia, solo la gloria que reporta, cuando llega á conseguirse, ha podido animarme en este instante á la consecucion de mis mas halagüeñas esperanzas.

Conozco mis escasas fuerzas para dicho objeto : comprendo tambien que el que se ve precisado á ocuparse sobre un punto de la ciencia delante de los mismos maestros que se la inspiraron en tan breve tiempo, que apenas hay suficiente espacio para admirar su extension, está muy lejos de ignorar que, cualquiera sea la asiduidad y estudio con que al trabajo se dedique, cualquiera el cuidado con que se proponga concluirle, jamás llegará á formar un conjunto digno de figurar al lado de los verdaderos cuadros donde el médico filósofo ofrece las bellezas de la ciencia.

¡ Pluguiera al cielo que mis dotes fuesen como son mis deseos!

¡Ojalá que en los momentos que voy á entretener la atención de concurso tan ilustrado, de tan docto Cláustro, lo pudiese ejecutar con aprecio y estimacion del primero y aplauso del segundo! ¿Quién mas que yo entonces venturoso? Pero... ¡imposible! La dificultad de la ciencia en cualquiera de sus tésis, pide mas experiencia que se encierra en mis años; para ser grato al Oráculo de Esculapio y deberle revelaciones, es necesario estar tan laboriosos como vosotros; que los sinsabores encanezcan mi cabeza, que las vigalias arruguen como á las vuestras mi frente, y que los días y los años, sucediéndose, me encuentren desvelado en la meditacion de los axiomas y misterios de nuestra ciencia.

Con ninguna de estas condiciones indispensables cuento al emitir mi voz sumisa en este templo; por esto necesito implorar vuestra indulgencia, con la cual el sábio suele siempre acoger los primeros ahíores del que se propone seguir sus pasos.

Réstame decir el asunto que he elegido para mi discurso. La Medicina, Excmo. Sr., además de ocuparse en sus estudios del restablecimiento de la salud perdida; tiene otra mision que llenar, grande y sublime como aquella; la que se dirige á la perfeccion de la especie humana y vela por la conservacion de la salud, así en la parte material como en otra mas elevada del hombre, que es la que constituye el conjunto de las facultades de la inteligencia. ¡Estudio difícil y espinoso, pero tan necesario como el primero, sin disputa alguna; pues si bien aquel tiende á remediar ó curar los males ya producidos, este tiene por objeto precaver estos y dirigir nuestros sentimientos y pasiones! Con este último me propongo ocupar vuestra benévola atención y la de tan escogido Cláustro, haciendo algunas reflexiones sobre el siguiente tema: *¿Cuál es la educacion de la mujer, más conforme á los destinos que la Providencia la ha confiado?*

Tuño cetero

Conoce a ti mismo.

(inscripción del templo de Delfos.)

El mas bello, agradable y necesario de todos nuestros estudios, es sin duda el que tiene por objeto el conocimiento de nosotros mismos : de todas las ciencias humanas, la ciencia del hombre es la mas digna de llamar nuestra atención. Sócrates, Platon, Descartes, Malebranche y otros muchos filósofos antiguos y modernos, conocieron ya esta verdad, y sus escritos sobre esta materia nos abrieron un nuevo universo ; reconcentrados dentro de sí mismos, descubrieron con este estudio un mundo lleno de maravillas que el ojo no puede ver, pero cuyas bellezas son mil veces mas reales que las del mundo visible; ellos reconocieron que el hombre exterior, no es todo el hombre, ni tampoco su parte la mas noble. De este modo el espíritu es separado de la materia ; los resortes ocultos, que dan el juego al pensamiento, son puestos á la observación, y la razon estudiada en sus causas y en sus efectos, ha sido sometida á leyes, elevándose de conocimiento en conocimiento hasta el primero y único regulador, sin el cual el orden físico es imposible y el orden moral una quimera.

El conocimiento del espíritu humano, es la raiz comun de todas las ciencias y el tronco que las nutre. ¿Quién no ve los numerosos puntos de contacto que se establecen entre la ciencia del hombre y las ciencias que estudian la naturaleza, y sobre todo la organizacion

viviente y animada? El hombre por su cuerpo, tiene relaciones con el universo y está sujeto á sus influencias : sus facultades no se desenvuelven y no se ejercen sino por el intermedio de sus órganos, y entre la Psicología, que estudia su parte moral, y la Fisiología, que se dirige á descubrir las leyes de la organizacion y de la vida, existen relaciones íntimas : estas dos ciencias, aunque distintas, se esclarecen y completan la una por la otra ; estando en relacion con la naturaleza, que es el teatro de su actividad y con los seres que la componen, de los cuales es el mas perfecto, no puede aislar la ciencia moral del estudio de las demás ciencias naturales. ¿Cómo determinar el origen y fin de un sér, si no se conoce su constitucion y sus funciones?

Sin duda, en el orden de las cosas, la causa precede al efecto ; el objeto explica la obra ; pero en el orden científico y de método, es necesario remontarse de lo conocido á lo desconocido, de lo fácil á lo difícil, del efecto á la causa, y buscar en la organizacion de los seres el secreto de su destino.

Descartes dice, que es en parte á la Medicina á quien es necesario pedir la perfeccion de que el hombre es susceptible ; y en efecto, nuestra ciencia influye sobre él de una manera directa y constante, porque le sigue en todos los momentos de su existencia, estudia sus pensamientos, gustos, inclinaciones, enfermedades ; poder tanto mas real y absoluto, cuanto que se dirige sobre la organizacion y la modifica en direcciones convenientes.

La Fisiología ha querido conocer en el hombre, despues de lo que le habia enseñado el estudio de las otras clases de la escala animal, el origen de sus instintos, propiedades y apetitos, llegando por fin á asegurar, que las diferentes y opuestas inclinaciones de todos los seres orgánicos, están en relacion con las variedades y modificaciones de su estructura ; es decir, que de la disposicion particular de los ór-

ganos en cada especie animal y de la manera diferente con que en ella se desarrollan las influencias de su físico y moral, resultan sus propiedades perfectamente uniformes é invariables en todos los individuos de cada especie.

La experiencia ha deducido, conforme con la observacion, que los órganos que son el origen y el móvil del instinto en cada especie animal, adquieren un desarrollo superior y están dotados de mayor actividad y energía que los demás, aunque estos siempre están tambien dispuestos de un modo conveniente para auxiliar y secundar la accion de los primeros. Igualmente se observa en todas las especies de animales, que la naturaleza ha impreso en los machos y hembras de cada una ciertas señales exteriores é interiores que determinan modificaciones de su físico, y otras mas ó menos notables en los diversos actos de su vida. Estas mismas variedades de estructura, que son la base de la teoría relativa á la especial condicion de cada familia animal, son aplicables á la especie humana.

Considerado el hombre únicamente como un sér animal ó solo relativamente á su organizacion, es incitado lo mismo que los demás animales, por la particular influencia de sus órganos; pero dotado de una alma racional, inmaterial, tiene la libertad de obedecer ó reprimir sus impulsos físicos, y de fomentar ó refrenar sus pasiones, porque á todas sus operaciones preside la voluntad, el libre albedrío, el conocimiento del bien y del mal y el de la conveniencia ó perjuicio.

Mas justamente estas sublimes cualidades, que le hacen conocer su dignidad y dominio sobre cuanto existe en la tierra, son las que acibarán sin cesar la marcha de su vida. En los otros animales, la carencia del sér pensante y la absoluta ignorancia de lo pasado y porvenir, hace monótona y tranquila su existencia, ocupándoles únicamente sus instintos circunscritos á su conservacion y reproduccion; y de

este modo, sin desvelos sin pesares, sin remordimientos, y frecuentemente sin enfermedades, pasan la vida ignorantes de la muerte, y la terminan comunmente en la mas consumada decrepitud; al paso que aquel lleva consigo siempre el juez inexorable de sus acciones, y vive azobroso aun en medio de las mismas comodidades que debieran hacerle feliz; combatido de diferentes pasiones é inquieto por mil necesidades, las mas veces ficticias, y para colmo de sus desgracias su misma facultad de discurrir, meditar y combinar, le sugieren mil artificios para dilatar el laberinto de sus placeres, por los cuales no consigue sino viciar sus funciones fisicas y morales, anticipándose la senectud ó una muerte prematura.

## II

A nuestro sexo pertenece sin duda formar géometras, tácticos, químicos; pero lo que llamamos hombre, es decir, el hombre moral, se debe lamentar que no haya sido formado en el regazo de la madre; porque nada es capaz de reemplazar esta educación. Si la madre considera un deber grabar profundamente en la frente de su hijo el carácter divino, podemos estar seguros de que la mano del vicio no le borrará de ella jamás.

(LE MAESTRE. *Veñidas de San Peterburgo*, T. 1, p. 213.)

Siempre tuvieron los mayores filósofos y los mas famosos legisladores la educacion de la juventud por el mas seguro manantial de la quietud y prosperidad, no solo de la familia, sino tambien de los Estados é Imperios. Y á la verdad: ¿Qué es un reino sino un vasto cuerpo, cuya robustez y sanidad depende de la de las familias particulares, que son como sus miembros y partes, de las cuales ninguna puede faltar á sus funciones sin que lo sienta todo el organismo? ¿Y no es la buena educacion la que pone á todas las clases de la sociedad en estado de cumplir dignamente sus diferentes destinos? ¿No es evidente que la juventud es como plantel del Estado? ¿Que éste se renueva y perpetúa por ella? ¿Que de ella salen todos los padres de familia y todas las personas constituidas en autoridad y dignidad? ¿Y no puede asegurarse que lo bueno ó vicioso que hay en la educacion de los que

algun dia ocuparán estos puestos, influye en todo el cuerpo del Estado y viene á ser como genio y carácter general de toda la nacion?

Es cierto que las leyes son el fundamento de los Imperios, con cuyo auxilio se conserva el órden y se mantienen la paz y tranquilidad. Empero, ¿de dónde derivan la eficacia y vigor de las leyes, sino de la buena educacion que acostumbra y sujeta á ellas los ánimos, sin lo cual serian débil barrera contra las pasiones de los hombres?

Plutarco hace sobre este asunto una observacion muy juiciosa, y que merece pesarse con atencion: hablando de Licurgo, dice: (1) «Que no juzgó conveniente este sábio legislador escribir sus leyes, persuadiéndose, que lo mas fuerte y eficaz para hacer felices las sociedades y virtuosos los pueblos, es lo que se imprime en los corazones de los ciudadanos y lo que la práctica y la costumbre han familiarizado y hecho como natural. Porque los principios que la educacion ha grabado en sus ánimos, permanecen firmes y constantes, como fundados sobre el convencimiento interior y en la misma voluntad, que es siempre vinculo mas poderoso y permanente que el de la fuerza: de manera que esta educacion viene á servir de regla y de legislacion á los jóvenes.»

Aquí se ve la diferencia que hay entre las leyes y la educacion: aquellas hacen al hombre ser mas celoso y obedecerlas, aunque sus inclinaciones naturales fuesen otras; por cuya razon procura alguna vez separarse de su cumplimiento, hasta que llega á convencerse de sus ventajas.

No así la educacion, la cual es afable y cariñosa, enemiga de violencia y fuerza, que no sigue otro camino que el de la persuasion, y hace que se acepten sus doctrinas, hablando siempre á la razon, y

con el fin de que se habitúen á obedecerlas.

(1) In vit. Licurg. ubi et de legibus et de moribus et de disciplina.

procurando hacer mas fácil y amable la virtud : sus lecciones, que principian desde el nacimiento del niño, crecen con él : echan con el tiempo raices profundas : pasan luego de la memoria y del entendimiento á la voluntad : se imprimen cada día mas en sus costumbres con la práctica y ejercicio : se hacen con él segunda naturaleza, que apenas puede mudarse, y le sirven toda la vida de legislador siempre presente, que en toda ocasion le muestra y hace practicar sus obligaciones. Quintiliano dice que lo que se aprende en esta edad se imprime fácilmente en el ánimo, y deja en él profundas señales que con dificultad se borran (1). Hasta entre los paganos se tuvo siempre por la mas esencial obligacion el velar por la educacion de los jóvenes, por ser lo mas importante para toda la vida el darles desde el principio buenos rudimentos; pues cuando los ánimos están tiernos y flexibles, se manejan é inclinan donde se quiere; y al contrario, la edad y la costumbre hacen casi incorregibles los defectos (2).

Mas para conseguir este tan deseado fin, si bien es necesario que se empiece por dirigir la juventud en sus primeros años, tambien lo es conocer los sentimientos de su sencillo corazon, y nadie puede hacer esto mejor que la mujer.

Sigamos las leyes de la naturaleza : está, cuando nacemos, nos confia al amor y á las caricias de una madre : rodea nuestra cuna de las formas mas graciosas; de los sonidos mas armoniosos; pues la voz tan dulce de la mujer, se dulcifica mas para la niñez : la naturaleza, en fin, en su solicitud prodiga á nuestra primera edad todo lo mas agra-

(1) *Natura enim tenuissimi sumus aetate, quae rudibus annis perceptivus.* (Quintil. lib. 1, cap. 1.)

(2) *Frangas enim citius quae corrigas, quae in praeum induruerunt.* (Quint. lib. 1, capítulo 3.)

dable de la tierra ; el regazo de una madre para que descansemos , su suave mirar para guiarnos y su ternura para instruirnos.

Llega la época en que esta cadena de amor se rompe , y que el cuidado de la educacion del niño tiene que confiarse al hombre. Este cambio tan considerable , produce en su tierno corazon trastornos , los cuales no es posible expresar , y solo encuentra alivio de sus penas cuando vuelve al regazo de su madre. Por esto el ayo por excelencia de la infancia es la madre : es ella quien dirige mejor nuestras inclinaciones , pues en sus relaciones solo se ve la conveniencia , la ternura y otras muchas cualidades , las que están en armonia con la disposicion orgánica de aquella. En ambos se reunen en esta época la belleza , la gracia y la ligereza del espíritu. Aquí la paciencia de la madre responde á la curiosidad del niño , y ambos entendimientos crecen juntos , y el espíritu frívolo , la inclinacion al placer , el gusto por lo maravilloso , que tan irreflexionadamente vituperamos entre la madre y el hijo , son los lazos que les aproximan en sus consonancias y contrastes , observando cómo la naturaleza ha repartido la dulzura , paciencia , vigilancia , á quien más viva y amorosamente ha querido confiar nuestra debilidad infantil.

No nos detenemos bastante en observar que los niños no entienden sino lo que ven , y no comprenden sino lo que sienten , precediendo siempre el sentimiento á la inteligencia en sus actos , de donde resulta que todas las influencias felices para él , son de aquel que les enseña á ver , aquel que despierta su ternura. La virtud no solo se enseña , sino que se inspira , y en esto consiste particularmente el talento de las mujeres ; ellas nos hacen amar lo que desean , medio admirable por cierto de hacérselo querer. Así nos hacen anteponer el honor á la fortuna , amar á nuestros semejantes , socorrer á los desgraciados , y elevar nuestra alma hasta el origen de lo bello y de lo

infinito. Un ayo vulgar aconseja y moraliza ; pero una madre graba en nuestro corazon lo que aquel ofrece á nuestra memoria ; nos hace amar lo que á lo mas este nos puede hacer creer , y por medio del amor consigue llegar hasta la virtud.

La influencia materna existe en todas partes ; en todas decide de nuestros sentimientos , de nuestras opiniones y de nuestros gustos. « La suerte del niño , decía el Capitan del siglo , es siempre obra de su madre ; » y este grande hombre se complacia en repetir que era deudor de á la suya la elevacion en que se hallaba (1).

(1) Memorias de Lord Byron. t. 1, pág. 393.

### III

¿Cuál es la verdadera ciencia de las mujeres? La moral: tenemos, pues, que este es el único estafio que las conviene, que las es necesario, y por cuyo medio pueden influir en la virtud de los hombres.

(MADAMA BERNIER, *Discurso sobre la educación de las mujeres.*)

Una mujer que piensa; ¡quita de ahí!... La mujer ha de reír, reír siempre: esto hasta á su noble misión en la tierra, y á conservar un humor placentero con el augusto Rey de la Creación.

(LASSING, *Emilia Galotti*, act. IV. esc. 3.ª)

De las numerosas é importantes investigaciones que se han hecho, resulta que la disposición anatómica y funcional del cerebro, es igual en ambos sexos, observándose solamente una marcada diferencia en el desarrollo de sus diversas partes, pues que en el hombre se ve un mayor abultamiento de la parte anterior y superior del encéfalo (en la cual residen, segun opinion generalmente admitida por los frenólogos, los órganos de la inteligencia), al paso que en el de la mujer, el abultamiento reside en su parte posterior é inferior (asiento de los órganos encargados de los diferentes actos correspondientes á las facultades afectivas). De esta disposición cerebral, parten, á no dudarlo, esa sensibilidad exquisita de la mujer, su vivacidad, la prodigiosa expresión de sus sentimientos, su carácter cariñoso, desconfiado y tímido, con todo lo cual da mayor fuerza á sus sentidos.

Se ha suscitado la cuestion de si las mujeres tienen derecho á tomar parte en los trabajos intelectuales y pueden compartir con los hombres sus tareas científicas y literarias, para la que se han tenido

vivas discusiones entre algunos escritores, siéndolas concedido este derecho por unos y negado por otros.

Si se tiene presente que sus ideas son mas superficiales, que se ocupan de las cosas mas por impresion que por reflexion; que obran por impulsos del instinto mas que por el raciocinio; que es menos una combinacion meditada que una fuerte sensacion la que decide sus juicios y conceptos, que si bien su imaginacion es mas viva, su constitucion es poco vigorosa para la profunda y sostenida atencion que exigen las combinaciones muy complicadas y el desenlace de árduos problemas; y en fin, su disposicion orgánica, la debilidad y pequeñez de todos sus sistemas y aparatos, comparados con los del hombre, parece que se halla destinada para ser el depósito sagrado de la perpetuidad de la especie; y para consagrarse á los cuidados de la maternidad.

Se ha querido dar poco valor á las precedentes razones, teniéndolas solamente por una gratuita suposicion; que de ningun modo puede formar la ley general, y fundados en la historia, se ha creido que la mujer puede compartir con el hombre sus tareas literarias y artisticas, y que en muchos casos puede ser mas competente para resolver algunos problemas complicados.

Se ha visto efectivamente á la mujer, entre los Griegos y los Romanos, gozando en su mas feliz época, no solo del mayor esplendor y consideraciones, sino tambien cultivando la filosofia y demás ciencias abstractas, regentando cátedras con público aplauso, y dando pruebas á todo el mundo de que su sexo posee un eminente tino de observacion, un fino y fecundo ingenio, una perspicacia de sentidos y una penetracion tan delicada, que comprende y abraza todos los pormenores y accesorios sin trabajo, y á veces aparentando jovialidad y distraccion.

Los antiguos Caldeos, los Egipcios y aun los mismos Griegos, permitian á las mujeres tomar parte con los mas esclarecidos filósofos, y ventilar las mas difíciles é importantes cuestiones, y bien á menudo dió pruebas el bello sexo de la facilidad y fecundidad de su ingenio, obteniendo con frecuencia los honores del triunfo. Grande fué el número de mujeres que se distinguieron por su penetracion y acertados juicios, y cuya fama ha llegado hasta nuestros dias sin menoscabo, á pesar de los siglos que de ellas nos separan : tales fueron entre otras Lasterna y Aristia, cuyo excelente maestro el divino Platon, no queria dar principio á sus lecciones sino en su presencia, porque decia : faltando estas, falta el entendimiento que me ha de comprender y la memoria que ha de conservar mis sentencias.

El célebre Sócrates recibió gran parte de los conocimientos, que le inmortalizaron en la Retórica, de su maestra Haspasia, que enseñaba públicamente la elocuencia y la filosofia, al mismo tiempo que hacia de Pericles un consumado político : Pytágoras fué iniciado en la ciencia de las costumbres, por Aristoclea : por espacio de treinta y cinco años explicó públicamente la Elocuencia y la Filosofia en Atenas Arhetta : gran número de sus discipulos adquirieron el justo renombre de filósofos consumados, y dió á luz cuarenta y cinco libros, dignos del esplendor científico de la Grecia, y á cuya memoria erigió su patria agradecida después de su muerte, un epitafio lleno de honrosos y merecidos elogios. Hipasia, Theodea, Poliehrata, Nicostrata, Agnodica, Cornificia, Cornelia, Sabina y otras muchas que seria prolijo enumerar, fueron otras tantas columnas del saber, que cultivaron con gloria y aprovechamiento todas las ciencias, y aun las elevaron á un cierto grado de esplendor.

Pero si bien se observa, esto es justamente lo que no basta para establecer una ley general, debiendo mas bien contarse estas en el

número de las excepciones. No hay mas que mirarla con ánimo tranquilo y exento de preocupación para echar de ver en ella una sensibilidad exquisita, una suma flexibilidad, una disposición á conmoverse á la menor causa, á procurarse siempre nuevas emociones, á dirigirse por las solas impresiones del momento.

Colocada siempre bajo el imperio de las ilusiones, menos meditadora, menos consecuente en sus pensamientos que el hombre, su razón será mas ligera, sus disgustos tendrán mas fácil lenitivo, sus placeres serán también ligeros entretenimientos, mas capaces de ocuparla que de trasportarla; no necesita mas que la amabilidad para su gloria, en vez que el hombre se siente digno de inmolarse al honor. Tal disposición moral excluye en general la fuerza, la profundidad, la perseverancia y demás cualidades que embellecen al hombre; y todo esto la impide llegar hasta el fondo de su naturaleza y modo de ser; esta frivolidad de gustos, esta continua versatilidad de ideas y pensamientos, retiene siempre á la mujer muy distante de la perfección en las ciencias, en las letras y en las artes. Carece de vigor en los pensamientos, de método en los razonamientos, de esa meditacion aislada de toda otra existencia exterior, que es la única que puede profundizar los objetos; no tiene el germen de invencion y creación, que parece no desarrollarse mas que en el hombre. Así es que no se la ha visto producir un buen poema épico, un descubrimiento cualquiera; y en las obras de esas mujeres privilegiadas, que han aparecido en el transcurso de los siglos y en el actual, se ve que han ostentado su genio en aquellas ciencias agradables y de poco trabajo intelectual, escogiendo para desplegar los vuelos de su fantástica imaginación, las dulces brisas de la amena Poesía, las bellísimas imágenes de la Pintura, y los agradables sonidos de la Música; no han faltado otras que se han dedicado al cultivo de las ciencias, y hasta á la de

curar; ¿pero en sus producciones pueden encontrarse dramas tan acabados, como los que nos han legado aquellas lumberas de la literatura española de los siglos del Renacimiento, y que hoy reproducen alguna vez nuestros contemporáneos? ¿Se encuentran las producciones literarias con que seducen esos esclarecidos hijos de la Gran Bretaña? ¿Hay en sus cuadros y spartitos ese fuego maravilloso y artístico que distingue á los italianos? ¿Pueden presentar como esos incansables alemanes, tantas buenas obras científicas, fruto de su maduro exámen? ¿Pueden reunir como los enciclopedistas franceses grandes bibliotecas, hijas de su constancia y laboriosidad?

La mujer jamás puede remontarse á semejante altura, pues su caída es tanto mas peligrosa, cuanto mas tiende á ser su elevacion; y no puede ser de otro modo, porque su organizacion y los destinos que la Providencia la ha confiado son otros, tanto ó mas brillantes, y los que mas la convienen. Su delicadeza de órganos, finura de modales, ese tino en la adivinacion de las conveniencias, ese don encantador con el cual saben investigar una mirada y penetrar los sentimientos, descubrir é interesar el corazon; todo esto la ha sido otorgado á la mujer en el mas alto grado; pero todo está así dispuesto para que se ocupe en los cuñados de la maternidad y en la felicidad doméstica; por esto la gloria de la mujer, con raras excepciones, siempre se ha cifrado en sacrificarse por el bienestar y felicidad de su familia; por esto sus hijos acuden con razon á sus desvelos y á su tierna solicitud y vigilancia, y por esto tambien la educacion de la mujer debe dirigirse á desarrollar los sentimientos de moralidad, bondad, dulzura, honestidad y tantas otras prendas que deben adornar á las verdaderas madres, para poder inculcarlas en sus hijos y desplegar su ciencia de dignas y buenas esposas. — He dicho.





